

H HARLEQUIN

Bianca™



Alison Kelly
EL HOMBRE DE LA CASA

_____Bianca_____™

EL HOMBRE DE LA CASA

Alison Kelly



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1998 Alison Kelly
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El hombre de la casa, n.º 1024 - mayo 2021
Título original: Man About the House
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-594-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

EL OFICIAL de aduanas que había recibido al anterior pasajero sin la menor objeción, a pesar de su estrafalaria apariencia, se estaba poniendo cada vez más pesado y meticuloso en el registro del equipaje de Brett McAlpine. Y aquello, como colofón de un viaje plagado de retrasos desde Nueva York, le estaba poniendo a Brett más nervioso por momentos.

-Vamos, hombre -le dijo con tono irritado-. ¿Es que acaso tengo aspecto de ser un correo de droga?

-Desde luego que no, señor -le informó el funcionario, posando su mirada inexpresiva en su abrigo de diseño, de estilo informal-. Pero el perro no parece pensar lo mismo.

A pesar de sí mismo, Brett sonrió ante aquella irónica respuesta. Había echado de menos aquel típico humor australiano durante los cuatro años que había pasado en la «capital del mundo». Y aquella pequeña e inesperada dosis de ironía venía a recordarle que al fin había vuelto a casa.

Después de su agitado paso por Los Ángeles como productor de un programa televisivo de variedades, en un ambiente laboral que parecía profesar un extraño culto a los adictos al trabajo, Brett se hallaba más que dispuesto a aceptar la más relajada actitud de su país natal. Además, el funcionamiento de la industria del cine y de la televisión en Australia, a pesar de su reducido tamaño en comparación con la de Norteamérica, le parecía incluso más profesional.

No existía la posibilidad de que una estrella de una serie televisiva australiana se negara a trabajar hasta que le doblaran el salario. Allí, los ejecutivos de las cadenas no se arrastraban a sus pies.

De acuerdo, volver a casa significaba que iba a ganar menos, pero a cambio estaría menos estresado y en mejor situación para volver a hacer balance de su vida y de lo que más le importaba. Treinta y cuatro años parecía una buena edad para hacerlo, sobre todo cuando había desperdiciado los tres últimos en una relación con una modelo-presentadora de televisión... que se había preocupado más de su propia carrera que de él mismo.

Gruñó mentalmente cuando la imagen de Toni Tanner apareció en la pantalla de su mente. En un futuro inmediato, sólo quería tener cerca a tres mujeres: su hermana gemela Meaghan, su sobrina Karessa y su madre.

Cuando el funcionario de aduanas terminó de revisar su equipaje, lo despidió con una ligera sonrisa y un sencillo: «Bienvenido a casa, compañero».

Quizá fuera el acento, pero de alguna manera aquellas palabras le parecían muchísimo más sinceras que toda aquella rutina hipócrita del «que te vaya bien» que había tenido que escuchar durante los últimos cuatro años. Más de una vez se había sentido tentado a contestarles groseramente, sólo por suscitar una sincera e impulsiva respuesta... Aunque para ser sincero, reflexionaba mientras avanzaba con su carrito del equipaje por el vestíbulo, no había empezado a sentirse molesto por aquellas cosas hasta que Toni ...

-¡Brett! ¡Hey, Brett! ¡Aquí!

Al volver la cabeza, vio a su hermana saludándolo con todo tipo de cómicos aspavientos, acompañada de su hija de catorce años.

Capítulo 1

ATRAVESARON el aparcamiento de coches con Karessa hablando sin parar, como si le resultara imperativo poner a Brett al tanto de todo lo que le había ocurrido desde su última visita seis meses atrás, allá por navidades. Cuando tomó la decisión de regresar, entre otras muchas preocupaciones, había temido que la relajada relación que antaño había compartido con su sobrina quedara afectada por los inevitables trastornos de la adolescencia. Fue un verdadero alivio descubrir que no había sido así, que Karessa todavía podía ser tan abierta y espontánea con él como antes.

Desde el mismo día en que nació, privada de la presencia de un padre o de un abuelo, Brett se había prestado a representar en su vida ese rol masculino. Aunque no había descartado del todo tener hijos, en la práctica había renunciado a ello dada su inveterada costumbre de enamorarse de mujeres completamente desinteresadas por la maternidad. En cuanto a Karessa, su animada charla acerca de los numerosos chicos que conocía lo había convencido de que su «pequeña» sobrina estaba creciendo muy rápidamente.

A diferencia de su madre que, como él, era rubia y de ojos verdes, su sobrina había heredado el cabello rojizo y los ojos color miel de su difunto abuelo. Como todos los McAlpine iba a ser muy alta... quizá más que su madre. Con

su uno setenta y dos de estatura, Meaghan sólo era diez centímetros más baja que él, pero su hija ya la había alcanzado.

-¿Sabes lo mejor de todo, Brett? ¡Meggsie dijo que podía trabajar en la agencia durante las próximas vacaciones escolares!

-¿Vas a prepararla para modelo? -le preguntó Brett a su hermana, frunciendo el ceño.

-No, en absoluto -su respuesta fue acompañada de una mirada decidida a Karessa-. Precisamente espero quitarle de la cabeza esa estupidez. Así que puedes respaldarme en ello cuando quieras, hermanito.

Brett se echó a reír ante aquella desesperada súplica.

-¿Creéis que al menos podréis concederme algunos días de descanso antes de esperar que me comporte como Salomón en el juicio?

-Tómate el tiempo que quieras -repuso Karessa, sonriendo-. En todo caso, y a pesar de lo que digas, no me vas a hacer cambiar de idea.

-Vaya... No hay necesidad de hacerte una prueba de ADN para demostrar que eres la hija de Meaghan.

Justo en aquel momento las dos mujeres se detuvieron al lado de un flamante deportivo rojo, último modelo. Sólo había una cosa que Brett no había echado de menos durante su ausencia: ¡la terrorífica forma de conducir de su hermana!

-Por supuesto, Karessa... -comentó mirando el abollón que ostentaba uno de los guardabarros-... siempre es posible esperar que hayas heredado mis habilidades para conducir... y no las de tu madre.

-Lo sé -repuso solemnemente su sobrina-. Esa es mi plegaria de todas las noches.

-¡Oh, callaos los dos! -la protesta de Meaghan quedó suavizada por una sonrisa-. No fue culpa mía. Yo estaba saliendo del aparcamiento cuando un jovenzuelo idiota me embistió por la derecha.

-Veintimuchos años, y un cuerpo como para morirse. Un tío bueno de verdad -comentó Karessa por encima del hombro mientras se sentaba atrás.

-¡Un estúpido sin remedio! -insistió su madre.

-Meaghan, si estabas saliendo del aparcamiento, entonces tú tuviste la culpa del accidente -comentó Brett con tono suave, preguntándose por las posibilidades que tendría de convencer a su hermana de que le permitiera conducir-. ¿Quieres abrir el maletero? Así podré meter mi equipaje.

-¿Y cómo podía yo tener la culpa cuando no me denunció?

-¿Le ofreciste conseguirle un par de modelos para que se entretuviera con ellas? -se burló Brett.

-Él no quiso llamar a la policía -Karessa asomó su rostro sonriente por la ventanilla.

-¡Porque sabía que era él el único culpable! -replicó Meaghan-. Además, conducía un todoterreno que no sufrió daño alguno, así que mamá y Joanna le dieron todos los datos de la compañía de seguros.

-¿Joanna? -inquirió Brett, cerrando el maletero.

-Joanna Ford. Trabaja para la agencia.

«Lo cual explica algunas cosas», reflexionó Brett, imaginándose fácilmente una escena en la que su hermana negara con vehemencia toda responsabilidad, mientras una de las modelos de la agencia contoneaba las caderas delante de él... Aquel pobre tipo no debía de haber tenido ni una sola posibilidad... Pero la intención de su hermana de sentarse al volante lo distrajo inmediatamente de aquellos pensamientos.

-Si quieres conduzco yo...

-Te has pasado los últimos cuatro años en un país donde conducen al revés, justo por el sentido contrario... ¿Por qué diablos habría de dejarte conducir?

-¿Por evitar un accidente?

-Oh, muy gracioso. Para tu información, éste ha sido solamente mi segundo choque en más de un año. Y ni siquiera fue culpa mía -sacudió la cabeza mientras se sentaba al volante-. Y pensar que he estado esperando ansiosa tu vuelta, a pesar de que sabía que me ibas a estar mirando continuamente por encima del hombro...

Brett tomó asiento a su lado mientras su hermana encendía el motor.

-Yo no voy a mirarte por encima del hombro, Meaghan.

-Oh, claro, eso es lo que dices ahora... pero te conozco bien, Brett McAlpine. la única razón por la que te has mostrado como un discreto socio en la agencia durante estos cuatro últimos años... es porque te encontrabas en otro continente. Una vez que vuelvas a la agencia, no vas a ser capaz de contenerte.

-No voy a regresar a la agencia.

-¿Qué? -Meaghan se volvió para mirarla, dando al mismo tiempo un volantazo.

-¡Cuidado! -gritó su hermano.

Su hermana, como era típico en ella, permaneció imperturbable mientras se saltaba una señal.

-¿Qué has querido decir con eso de que no vas a volver a la oficina? Posees la mitad del negocio.

-Bueno, para empezar, tú no me necesitas -Brett se dijo que eso era verdad. Tal vez su hermana fuera un desastre conduciendo, pero había demostrado tener buena cabeza para los negocios-. Durante el tiempo que he estado fuera, te las has arreglado maravillosamente bien.

-Ay, yo estaba deseando trabajar contigo, Brett -se quejó Karessa, asomando la cabeza entre los dos asientos delanteros-. Pensaba que me dejarías ser tu ayudante o algo así... Si no vas a quedarte en la agencia, probablemente me toque ayudar a Meggsie en alguna de sus aburridas tareas.

-No tendrás tiempo para aburrirte -replicó Meaghan, mirándola por el espejo retrovisor-. Vas a estar demasiado

ocupada sacándole punta a mis lápices -en ese momento miró a Brett-. Ahora, ¿te importaría decirme qué significa todo esto? Cuando me dijiste que volvías a casa para quedarte, yo supuse que llevaríamos juntos el negocio. Ése era el plan cuando te marchaste.

Desde el punto de vista de Brett, había sido más bien una excusa antes que un plan. Cuando cinco años atrás contribuyó con un cincuenta por ciento del capital de la agencia de modelos, lo hizo únicamente porque conocía las ganas que tenía Meaghan de comprar el negocio y sus limitadas posibilidades económicas. Si simplemente le hubiera prestado el dinero, su hermana, la persona más orgullosa que había en la tierra, se habría negado en redondo a aceptarlo; por eso había utilizado el argumento de que estaba buscando algo a lo que pudiera dedicarse cuando se aburriese con su trabajo de productor televisivo. Ya en aquel entonces no tenía deseo alguno de dirigir una agencia de modelos, y ahora menos que nunca. Lo último que necesitaba era tratar diariamente con un montón de clones de Toni, que no tendrían el menor escrúpulo en seducir al jefe si pensaban que así podrían medrar en su trabajo...

-Ya, bueno, he cambiado de idea. He recibido algunas prometedoras ofertas de las cadenas de aquí, y estoy dándole vueltas a otro proyecto. A propósito, ¿mamá te ha dado alguna indicación de cuándo va a volver?

-Ya la conoces -Meaghan sacudió la cabeza-. Pero dijo que sabiendo que tú estabas aquí para echar un ojo al negocio, se sentiría menos presionada para volver -sonrió-. Afortunadamente, parece que al fin va a entregarle el testigo a alguien...

Aquel comentario confirmaba las sospechas de Brett: la única razón por la que su casi jubilada madre le había pedido que le echara un vistazo al negocio, mientras ella se encontraba al otro lado del océano, era porque aún no había renunciado a la idea de tener a uno de sus hijos al

frente de su empresa de diseño de interiores. La ambición de Kathleen McAlpine había sido fundar un «verdadero» negocio familiar que pudiera legar a sus hijos y nietos a su debido tiempo. Sin embargo, si bien sus dos hijos habían heredado la tenacidad de su madre, ciertamente habían carecido de su misma pasión por fundar una especie de dinastía en cuestión de diseño de interiores.

Meaghan había empezado por seguir los pasos de su padre en diseño de modas, antes de trabajar de modelo durante un tiempo y, últimamente, de fundar la agencia a partes iguales con su hermano. Brett, mientras tanto, se había graduado en Artes y Comunicaciones y, posteriormente, había tenido la buena fortuna de conseguir un empleo como investigador en un programa de actualidad. A partir de ese momento, gradualmente había terminado por convertirse en director de producción. Su cambio de temática, desde los programas de actualidad hasta los shows televisivos, había sido más por azar que intencionado, pero aquello le permitió ejercitar sus talentos para la comunicación a la vez que su creatividad.

No sabía muy bien durante cuánto tiempo más podría seguir interesándole la producción televisiva, pero sí estaba seguro de que, cuando estuviera dispuesto a cambiar de trabajo, no se dedicaría al diseño de interiores. Y eso simplemente porque no encontraba nada desafiante ni atractivo en aquel campo. Por otro lado, últimamente había tomado la decisión de abrir una cadena de tiendas de mobiliario de lujo, como una provechosa forma de inversión de capital. Eso quizá podría atenuar la decepción de su madre cuando le dijera de una vez por todas que no estaba interesado en...

Karessa y él juraron al unísono cuando Meaghan frenó de golpe... en apariencia indiferente al hecho de que estuvieron a punto de empotrarse en el coche que tenían delante.

-A propósito, Brett -dijo con toda tranquilidad-, vas a necesitar un coche. Tengo un amigo que tiene un concesionario de BMW. Puede dejarte uno a un buen precio.

Teniendo en cuenta el número de coches que Meaghan había destrozado durante los últimos diecisiete años, debía de conocer a un montón de vendedores.

-Gracias, pero no tengo prisa por conseguir uno. Usaré el de mamá hasta que decida lo que...

-No, no puedes.

-Déjame adivinar -gruñó-. Has estado usándolo tú mientras ella ha estado fuera y, como resultado de ello, lo has jubilado.

-Para tu información, listillo, se encuentra en el garaje... ¡en perfectas condiciones! Lo que pasa es que una vez que Joanna se saque la licencia, lo necesitará para ir al trabajo.

-¿Quién? -parpadeó, asombrado.

-Joanna Ford, la...

-Ah, ya, la que te ayudó en la escena de tu último accidente. ¿Cómo es que está conduciendo el coche de mamá?

-Porque no tiene otro y mamá le dio permiso para hacerlo. ¿Cómo si no iba a poder llegar al trabajo todos los días?

-Bueno, la última vez que estuve aquí había unas cosas que se llamaban autobuses.

-¡Vamos, Brett! -exclamó Karessa-. Ya sabes lo lejos que está la casa de la abuela de la parada de autobús más próxima.

-¿Cómo? -se irguió en su asiento-. ¿Esa Joanna está viviendo en casa de mamá?

-Sí; lleva ya dos meses -le informó Meaghan.

«¡Estupendo!», exclamó Brett para sus adentros. Allí estaba él, imaginándose a sí mismo disfrutando de la más absoluta soledad, sólo para descubrir que su madre

ausente había metido a una modelo en su casa. ¡Una maldita modelo!

-¿Te importaría decirme por qué mamá se ha visto en la necesidad de convertir su casa en una pensión?

-¡No seas ridículo, Brett! Joanna no está pagando por vivir allí. Fue mamá quien se lo pidió, diciéndole que necesitaba a alguien que le cuidara la casa durante su ausencia. Por supuesto, en aquel entonces nadie sabía que tú, de repente, decidirías volver y necesitarías algún lugar donde quedarte.

-Vaya, me parece que la cálida bienvenida se ha enfriado un poco. Hace unos minutos dijiste que estabas deseando que volviera a casa.

-Y lo estaba... lo estoy. Lo que pasa es que sería mejor para todos que tuvieras una casa propia donde quedarte...

-Bueno, me encantaría complacerlos -declaró Brett con tono seco-. El problema es que no puedo decirles a Glen y a Tracy que se marchen de mi casa... cuando ella está a punto de dar a luz a su cuarto hijo en tres años...

Cuando Brett decidió cruzar el océano le había parecido una buena idea alquilar su casa a su primo recién casado, durante los dos años que en un principio había pensado estar fuera. Luego, cuando se engañó a sí mismo creyendo que su relación con Toni podría tener algún futuro, tuvo que extender el contrato de arrendamiento por otros tres años más. Desde entonces su primo y su esposa se habían reproducido a una velocidad realmente asombrosa.

Al parecer, ahora tendría que compartir la casa de su madre con otra persona hasta que pudiera hacer otros planes. Maravilloso.

-¿Exactamente cuánto tiempo va a quedarse esa Joanna en casa de mamá?

-Tanto como quiera -respondió su hermana, fulminándolo con la mirada.

-Te gustará, seguro -intervino Karessa-. ¿No es verdad, mamá?

-Solamente espero que no le guste demasiado -había un inequívoco tono de advertencia en su voz, pero antes de que Brett pudiera contestarle que no tenía intención alguna de enredarse con mujeres en un futuro inmediato, su hermana añadió-: Hablo en serio, Brett. Esa chica ha pasado por una época muy mala. Al principio de entrar en la agencia tenía la autoestima por los suelos. Ya se ha recuperado bastante, pero todavía sigue emocionalmente muy débil. Así que si se te ocurre montarle algún número de seducción, te despedazaré con mis propias manos.

-Créeme, Meaghan, esa chica está a salvo de mis inescrupulosas garras -repuso Brett-. Lo último que necesito después de Toni es enredarme con otra modelo.

-Ella no es una modelo. Es demasiado baja. Pero se parece tan poco a esa bruja de Toni como cualquier otro ser humano con corazón.

Irritado por aquella contrariedad para sus planes, Brett gruñó entre dientes mientras se preguntaba cuánto tiempo tardaría en alquilar una casa decente. Sin embargo, su hermana y su sobrina continuaban hablando maravillas sobre Joanna...

-Es una chica de provincias que entró en la agencia para matricularse en uno de nuestros cursos, cuando yo estaba buscando una sustituta para nuestra recepcionista... - estaba diciendo Meaghan-. No tenía empleo, estaba a punto de quedarse sin dinero y se alojaba en una habitación del centro de Sydney...

-Oh, claro, evidentemente es de sentido común gastarse el dinero, dadas las circunstancias, en un carísimo curso de modelos...

-¡Pues resulta, señor Sabelotodo, que en el caso concreto de Joanna era la cosa más práctica que podía hacer! Es una chica inteligente, ambiciosa, pero carece absolutamente de cualquier tipo de sofisticación. Al parecer sus padres la tuvieron ya entrados en la cuarentena, y por lo que he podido saber... eran más Amish que los propios Amish.